



Si tus pupilas no descubren el brillo de las mías,
voy a desaparecer,
y estoy completamente segura de esto.

No consigo que tus labios anhelan solo los míos
y mi orgullo construye un muro de piedra maciza
Que me aleja de tu sentimiento confuso.

Las ventanas miran entrar y salir el sol,
¿pero yo? Yo voy a desaparecer
de esta nube sin razón,
de este páramo que quema con hielo
mi más tierno e iluso poema.

Las ruedas van de prisa,
arrastrándose en el gris de la carretera;
el peso de una agradable melancolía,
me hace mirarlas con sombrío encanto.

Las ruedas siguen girando y yo voy a desaparecer,
como el agua evaporándose a medio día,
aun si el invierno amenaza las 3,
las 4 de la tarde con un frío despampanante.

Te juro que, voy a desaparecer,
no de este mundo pero sí del tuyo.

Haré de esta quimera aviones de papel,
los enviaré a cualquier estrella para que iluminen
la penumbra desde lo alto y aunque tus pupilas
puedan descubrir los centellos,
jamás descifrarán el contenido
que deposito en cada astro.

Desaparecer

Liseth Correa





Un encuentro con la Pianista...

Stefanía Rivadeneira



A sí es como siente su pasión por tocar el piano, Stefania Rivadeneira, estudiante de octavo semestre de la Carrera de Psicología, de la Universidad Politécnica Salesiana.

Nació en la Ciudad de Guayaquil y desde sus dos años de edad vive en Quito. Nos comenta Stefy, que hoy nos permite conocer un poco más de esta fascinante experiencia de tocar este instrumento de cuerdas pegadas por martillos y activadas por teclas, llamado piano.

C.H: ¿A qué edad comenzó tu interés por la música?

S.R: Según me cuenta mi mamá tenía 3 años, escuche tocar alguien en una iglesia, desde entonces le insistí que me inscribiera en clases de piano; y fue cuando tenía 11 años, que me inscribió en el Conservatorio Nacional.

C.H: ¿Cuánto duraron tus estudios de piano en el Conservatorio Nacional?

S.R: Fue un año de teoría musical (solfeo, lectura rítmica y de

partituras, etc.), luego di un examen para ingresar al conservatorio; así pude ingresar a los 3 años de inicial, luego pasé a los 3 años de técnico. Posteriormente fueron 6 meses de preparación para el grado. Obtuve el título de técnico, continúe con el tecnólogo y estude hasta quinto semestre.

C.H: ¿Has tocado en algún festival?

S.R: En los recitales de piano que hacía el conservatorio semestralmente, en los cuales tocaban los mejores alumnos. Me presenté junto con mi profesora de piano, que solía hacer cada año un concierto con sus alumnos; toque 3 veces en la Universidad San Francisco de Quito y cuando había concursos también se integraba.

C.H: ¿Qué sientes cuando tocas una canción en el piano?

S.R: Depende... Antes tocaba en ciertos momentos cuando tenía algún problema y era como un medio de desahogo, una especie de terapia. Pero en realidad es como algo liberador. Puedo ser lo que soy cuando estoy tocando. Puedo expresar lo que siento y eso puede llegar de diferente manera a cada persona.

C.H: Háblanos de que tu estilo en particular, ¿cómo llegaste a él?

S.R: Toco más música clásica y barroca. El estilo se debe a que en el conservatorio me daban más estos dos estilos.

C.H: ¿Quiénes te inspiran?

Siempre me ha gustado como toca Barenboim, es un pianista judío y unos de mis favoritos. Me encanta el nivel de interpretación del pianista polaco Zimerman. En el conservatorio habían unos chicos no videntes, los cuales me inspiraban mucho, el ver cómo ellos podían expresar lo que sentían en ese momento. Escucharles tocar era asombroso..

C.H: ¿Alguna anécdota que nos puedas contar?

S.R: Mis inicios fueron bastante caóticos. Tenía una muy buena profesora, pero ella era de un carácter complicado. A pesar de eso fue la cual me dio las bases que tengo ahora. Nunca he perdido la base técnica que ella me dio.

C.H: Además de tocar el piano, ¿tienes alguna otra vocación artística?

S.R: Me dediqué a tocar la batería un año, el violín y luego toque guitarra, pero es complicado para

una pianista, pues te salen muchos callos en los dedos; así que deje de hacerlo, pues al tocar el piano, me dolían los dedos.

C.H: ¿Eres partidaria de tocar con partitura o sin ella?

S.R: Creo que hay muchas personas que tienen excelente oído y pueden sacar una pieza sin la partitura, para mí eso es un talento y una capacidad asombrosa. He hecho eso algunas veces, pero la partitura es como una guía; enton-

ces dependiendo de qué tipo de música toques, la partitura se vuelve necesaria para ciertas cosas técnicas, puesto que la partitura te muestra ligaduras, puentes, digitación: esta última es muy importante en la música clásica, entonces sí es necesaria.

C.H: ¿Qué mensaje les dirías a todas esas personas que quie-

ren dedicarse a la música?

S.R: Si tú tienes la pasión por hacer música, esa pasión te ayuda a que tú desarrolles esa capacidad musical, no se detengan y luchen por lo que quieren.

Con este mensaje tan alentador, nos despedimos de Stefy, deseándole los mejores éxitos en su carrera como pianista y en su vida.

“
Cuando estoy tocando el piano, puedo ser yo misma
”



La selección de poemas que se publican a continuación son tomados del texto "En mi pecho cuelga un huracán". Primera antología de poetas no videntes de Guayaquil.

Selección y prólogo de Augusto Rodríguez, Editorial Universitaria ABYA YALA, Universidad Politécnica Salesiana, 2012

Tinieblas Perversas

David Richard Veloz

Ahora ando con bastón tanteando el suelo
abriéndome espacio entre las TINIEBLAS RABIOSAS
y los fantasmas perversos
que me cierran el paso y me ponen tropiezos.

Descifro y entiendo el braille
-navego muy bien por aquel mar-
y saboreo mejor la miel y la entonación
Que tienen las palabras.

Ahora veo con el corazón, con los lentes mágicos
y es más bello y más nítido el color
Que tiene el arco iris.

Reconozco la silueta de las voces, el esmalte natural
de los abrazos y besos.

Esta vida que llevo tiene un peso de hierro
que me aplasta los hombros.

Entonces me pongo de pie y me sostengo como
un Atlas enorme vigoroso
y ciego que llega al límite de sus fuerzas.

Pero mientras me sostengo
deseo correr la misma suerte
que corrió Bartimeo.

Ahora ando con bastón tanteando el suelo
abriéndome espacio entre las TINIEBLAS RABIOSAS
y los fantasmas perversos
que me cierran el paso y me ponen tropiezos.

Descifro y entiendo el braille
-navego muy bien por aquel mar-
y saboreo mejor la miel y la entonación
Que tienen las palabras.

Ahora veo con el corazón, con los lentes mágicos
y es más bello y más nítido el color
Que tiene el arco iris.

Reconozco la silueta de las voces, el esmalte natural
de los abrazos y besos.

Esta vida que llevo tiene un peso de hierro
que me aplasta los hombros.

Entonces me pongo de pie y me sostengo como
un Atlas enorme vigoroso
y ciego que llega al límite de sus fuerzas.

Pero mientras me sostengo
deseo correr la misma suerte
que corrió Bartimeo.

En mi pecho cuelga un huracán

Juan Pino

Las olas rugen como murmullos, voy, llego, y aquí estoy, pero son solamente mis pensamientos que te evocan, que me eleva a mi propio cielo negro y me cuelgan de tu voz, de tus manos en mis manos, esperando la luz para apartar esta oscuridad cruel que no me ilumina, pero solamente pasan por encima de mí, esquivándome o no sé si soy yo quien las esquiva, queriéndote tocar, saber más de ti, pero soy una constelación en medio del mar, que se rompe entre el dolor y la angustia, desesperación y solo quedo aquí esperando con el viento en la cara; que sólo me trae el silencio que me envuelve y que me tiene como me tiene, hacia un gris eclipsado donde no hay sol, ni estrellas ni luna y en mi pecho cuelga un huracán en compás de espera, que agita mis cimientos, no hablo de mis huesos ni de mi corazón, ni de mi sangre, y solamente quedas tú allá en el mar.